

*Antonio Arbea G.*  
Universidad de Chile - Departamento  
de Estudios Humanísticos.

ARITOTELES, *Poética*. Edición trilingüe: griego, latín y español. Introducción traducción al español, notas y apéndices de Valentín García Yebra. Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1974, 542 pp.

La frecuente solicitud de orientación en materia de traducciones de griegos y latinos debe muchas veces conformarse con una muy poco alentadora respuesta: de tal obra o tal autor, buenas versiones españolas no hay. Si la *Poética* de Aristóteles se encontraba en esta situación, digamos desde ya que con esta publicación de V. García Yebra disponemos por fin en nuestra lengua de una traducción confiable y seria, anotada abundantemente, prologada con erudición y lucidez, capaz, en suma, de satisfacer los requerimientos de una lectura exigente.

Poco acostumbrados nos tiene la filología clásica en lengua española a obras de esta envergadura, fruto de un trabajo largo y minucioso. El tradicional desvío hispano de la ciencia pura parece haber tenido como correlato en el ámbito de las ciencias histórico-filológicas una marcada tendencia a trabajar sueltamente, sin rigor ni método, a los que sólo poco a poco y a la zaga de otros pueblos ha ido aprendiendo a valorar. En lo que a traducciones concierne, donde —si *traduttore traditore*— soltura resulta doble traición, aún no se acaba de comprender que la función primordial de quien traduce es ser un mediador entre un texto poco accesible y un público interesado, y que debe, por tanto; evitar —hasta donde ello es posible— introducir su yo casual en la traducción. Al lector no le interesa el traductor, sino el traducido, y no debe obligársele a prestar atención a la persona de aquél, por interesante que pueda ser, sobre todo porque no está en el lector corriente la posibilidad de discernir lo original de lo advenedizo. En su ejercicio, en suma, el traductor debe procurar permanentemente ocultar su impertinente subjetividad en favor de una máxima fidelidad a la obra que tiene entre manos. Esto no impide, por cierto, que el texto en nueva lengua valga literariamente por sí mismo, ni que posea desenvoltura y belleza; bien pueden haber estado al borde de su cuna las tres Gracias. El buen traductor sabrá conseguirlo, que traducir no es una operación fija y mecánica como la de descifrar un documento en clave: en ella caben, junto a la disciplinada observancia de normas objetivas de interpretación, el buen gusto y el talento del logos. Muchos ejemplos —y entre ellos la versión de García Yebra— pueden exhibirse para probar la falacia *ae* que fidelidad y belleza ocurren en relación inversamente proporcional en las traducciones.

Lo más grave en esta materia, con todo, es el hábito ya consagrado de la rapiña. Hay traductores hispanos que, atendiendo seguramente a la urgencia de bien remunerados compromisos editoriales, eluden la trabajosa labor de comprensión del original griego o latino haciendo traducciones de traducciones. Si no hubiera otros modos de descubrirlos en su punible comercio, bastaría solamente con observar su copiosa productividad para entrar en sospechas: nadie puede traducir con alguna seriedad a los

clásicos a esa velocidad. Es el caso, por dar un ejemplo de los más notables, del tan prolífico como ligero Francisco de P. Samaranch, que edita Platones y Aristóteles a porfía partiendo de versiones francesas o inglesas, las que por su parte son ya muchas veces deficientes. Poco de su sabor original puede conservar vino tan trasvasiado: hay mucho en él de los cántaros en que estuvo.

Ciertamente no es posible realizar exégesis alguna con una traducción de esta especie, sobre todo si se trata de un texto filosófico, donde es particularmente reducido el grado de arbitrariedad de palabras y construcciones, las que suelen allí estar cargadas de intención y sentido. Sin la precisión de éstas no cabe la de los conceptos, sino que cualquier interpretación resulta inevitablemente azarosa. Por el camino de un texto degradado no hay manera de acceder al pensamiento superior que se objetivó en el texto original. Excepción a la norma, pues, la *Poética* de García Yebra garantiza la infrecuente posibilidad de hacer una genuina lectura de una obra clásica valiéndose de una traducción.

El texto griego establecido por el editor es, con pocas variaciones, el fijado algunos años antes por Rudolf Kassel (Oxford, 1965); sus escasas discrepancias se encaminan generalmente sólo a restablecer el rango de autoridad de las cuatro fuentes autónomas del texto aristotélico. En un terreno como el de la crítica textual, donde casi todo lo que no es trivial es problemático, nos parece conveniente la conducta conservadora de García Yebra. En esto, por lo demás, no hace sino sumarse a la tendencia ampliamente mayoritaria del último medio siglo en la materia, reacción justificada frente a la manía de la conjetura que caracterizó al siglo pasado y a los comienzos de éste. El desconsolador espectáculo que ofrece la historia de la trasmisión de las obras griegas clásicas, sobre todo en sus primeros siglos, aconseja la prudencia, pues hace prácticamente ilusorio, en la mayoría de los casos, establecer con certeza los límites entre la redacción original de un texto y las interpolaciones y enmiendas ulteriores. Es extraño, sin embargo, que una edición como ésta se aparte, sin ventaja aparente, de la tradicional y tan útil práctica de incorporar a pie de página las más importantes variantes textuales. Sólo algunas de ellas se señalan en la Introducción (pp. 28 y ss.), donde tan a trasmano se hace dificultosa su consulta. Un texto tan discutido en su fijación como el de la *Poética*, hacía muy apropiada la adhesión a la convención establecida del aparato crítico.

La extensa Introducción (pp. 7-124) que precede inmediatamente al texto —en algún caso más retórica que lo deseable (cf. p. 124)— cumple básicamente con hacer una documentada e interesante historia de la *Poética* de Aristóteles, con especial referencia a siete importantes traducciones al español, de las que se reseñan minuciosamente pasajes escogidos. Quizás en este punto debió el editor ser más breve, ya que algunos análisis resultan innecesariamente prolijos. Bien pudo, en cambio, haberse enriquecido el elenco de traducciones reseñadas con algunas de las hechas a otras lenguas, como por ejemplo la excelente de G. F. Else al inglés (Ann Arbor, 1967), a la que, por lo demás, tanto debe la del propio García Yebra. Con todo, estos comentarios a las versiones españolas tienen el mérito de ser ceñidos: no disparan jamás al bulto, sino que discuten en detalle y fundamentadamente la bondad o impropiedad de la traducción de pasajes determinados, lo cual, junto con certificarlos indirectamente la seriedad de la traducción de García Yebra, constituye una instructiva y poco usual lección de traducción aplicada. Lo que sí es de lamentar,

es que toda esta madurada doctrina se halle aquí tan desperdigada y prácticamente sin posibilidad de ser aprovechada en el curso de la lectura del texto mismo. Su incorporación en las notas *ad locum* habría sido quizás lo más indicado, o, en su defecto, pudieron al menos haberse hecho en éstas los llamados del caso a los lugares pertinentes de esta Introducción. La misma limitación, por otra parte, presentan las notas, consideradas independientemente de la Introducción: muchas de ellas se complementan significativamente entre sí, pero carecen del aviso correspondiente que lo advierta (v. gr.: 34 y 63, 62 y 249, etc.), o bien lo tienen en una sola dirección (v. gr.: 53, 55 y 71, etc.) Así pues, sólo en la prosecución de su lectura, al dar inesperadamente con una de estas notas —y por tanto a destiempo—, puede el lector completar la comprensión de un pasaje anterior o rectificar su errada inteligencia. Esta entrega inoportuna de la información, en la que más que nada se ve falta de afinamiento, hace aconsejable en una primera lectura la suspensión repetida del análisis, a la espera de instancias posteriores que lo facilitarán con datos a menudo indispensables.

No todas las notas, sin embargo, entregan elementos de juicio importante para la comprensión del texto; algunas conceden demasiado al lector, desnivelando sensiblemente el conjunto, y bien pudieron obviarse (v. gr.: 43, 47, 74, etc.). En otros casos, en cambio, se echa de menos una explicación, ya del texto griego mismo, ya de algunas opciones elegidas en la traducción. La prosa marcadamente elíptica de la *Poética*, que a ratos tiene la contención y parquedad de un apunte preliminar, obliga repetidamente al traductor a desplegar o a suplir; en estos casos, sobre todo, es donde más habría sido deseable una oportuna justificación. No nos parece, por citar un ejemplo, que en 1447 b 28 sea “arte”, sino “la que usa” la explicitación que corresponde; una atenta lectura revela que la expresión subentendida no es *téchne*, sino *chroméne*, elidida aquí por economía, dada la proximidad del *chroménai* de cuatro líneas antes.

Muy valiosos son, por otra parte, los tres apéndices que siguen a las notas (pp. 340-417), especialmente los dos primeros, que se encaminan a aclarar el tan debatido problema de la catarsis trágica. El tercero estudia acuciosamente la excelente traducción latina de la *Poética* hecha en el Renacimiento por Antonio Riccoboni, que es la escogida por García Yebra para acompañar al texto griego y a su traducción española en esta edición trilingüe. De gran utilidad, también, es el extenso y bien organizado índice analítico que cierra el volumen (pp. 471-534), como asimismo la completa bibliografía que lo precede (pp. 421-461).

A pesar de todas las limitaciones señaladas —escasas y de poca monta en comparación con sus virtudes—, esta publicación cumple muy satisfactoriamente con la tarea central de la filología, cual es la de echar un puente sobre el abismo que nos separa de los textos antiguos. Ojalá pudiéramos disponer de más obras clásicas en ediciones de este tipo, donde al texto y a su cuidada traducción se añade una copiosa información, recogida de fuentes a las que sólo parcialmente es posible tener acceso en medios bibliográficamente tan desprovistos como el nuestro. La filología grecolatina en lengua española muestra su actual madurez con contribuciones como ésta, donde tan bien se equilibran la investigación y la interpretación, el acopio de conocimientos y su diseminación. Este es el camino por el que los estudios clásicos pueden recobrar el prestigio que alguna vez tuvieron, pero que por sus culpas no pudieron conservar, ocasionando con ello que las humanidades dejaran de ser el fundamento de la cultura.